

La crianza y educación de los hijos hoy.

Diálogo interpersonal entre padres, hijos, docentes y alumnos

Lic. Francisco Torres Nieto

UFASTA

Introducción

El tema se origina gracias a una inquietud de “la Cátedra Abierta” del Instituto superior Sagrado Corazón N° 8, Río Blanco, San Salvador de Jujuy, motivo por el cual conlleva una marcada y fuerte preponderancia orientada a los docentes y a las familias de los alumnos. Por eso, es pensado desde la realidad educativa actual que exige especial atención. Esta realidad ha cambiado en relación con épocas pasadas y hoy trata de afirmarse de manera exigente en un marco cultural distinto y frente al crecimiento también diverso de nuestros alumnos y nuestros niños en el contexto de nuestra provincia y nación.

Es por este motivo que hemos tratado de elegir, desde el mundo de la realidad concreta del aprendizaje, pero por sobre todo de la enseñanza, estos cuatro elementos constitutivos al momento de una seria reflexión para la tarea educativa: padres e hijos, docentes y alumnos, y el necesario diálogo interpersonal entre ellos. Cada uno de ellos es, a su manera, el fundamento, pero también interviene en el intercambio necesario (tarea cruzada) entre las actitudes personales, de manera permanente, en una misma realidad.

Es oportuno destacar que nos encontramos ante cuatro pilares fundantes y sin los cuales no podremos conseguir, al decir de Tomás de Aquino, el “conducir a la prole al estado de virtud” (STh Suppl. Q.41, a.1). Tengamos en cuenta que estos protagonistas tienen, cada uno a su manera, un papel más que interesante al momento de educar.

También es importante hacer notar que no se trata de comenzar a comparar, ni de discutir y mucho menos de defender, ni de refutar sus protagonismos. Todos tienen un lugar insustituible, que de no vivirlo, entorpece las tareas de los otros y la consecución de los fines.

Hemos de tener en cuenta que si no están bien coordinados (no subordinados, sino coordinados) y sustentados por un espíritu de armonía y de atención hacia quien se está educando fundamentalmente, no permitirán alcanzar a los logros que nos proponemos hoy en el ámbito educativo.

Por otra parte, nosotros, los docentes, necesitamos reflexionar profundamente acerca del modo de educar, sobre todo, pensando en las alternativas nuevas que tenemos que presentar al mundo que nos rodea. Es más, quienes están en época de estudiantes como, las alumnas y alumnos de los institutos de formación docente, hemos de ver de qué manera pueden caer en la cuenta de esto, descubrir esta realidad.

En primer lugar, debemos preguntarnos ¿qué nos preocupa en el tema educación? El tema de la autoridad y de los límites. Vamos a analizarlo porque evidentemente, es algo que nos hoy preocupa y que muchas veces no sabemos qué ni cómo implementarlo.

Segundo, ¿cuáles son los ámbitos de la educación? Descubriremos distintas formas de educar y cómo nos “movemos” en los distintos momentos de la educación.

De inmediato, preguntaremos: ¿cómo son (y ésta es una de las claves del tema) las concepciones y vivencias afectivas de los niños? Detrás de este título, tan importante y aún más hoy, es ver y conocer cuáles son las percepciones afectivas de los papás y de los docentes; porque si afectivamente los adultos vamos por un lado y los niños por otro, no alcanzaremos una unidad, y por tanto no lograremos los fines que nos proponemos. Trataremos de ver, también, cómo haremos las transformaciones individuales y personales, y, además cómo pueden ser concretadas en el seno de nuestras familias, en los institutos y en las realidades educativas que vivimos.

Otro tema es el de la paternidad, el ser padres, que contrariamente a lo que comúnmente se propone, no es un rol. El “rol” es temporal, responde a una función y terminada esa función se lo deja de ejercer; pero la paternidad no es algo que se ejerce por un tiempo y momentáneamente. El ser padres hoy, al igual que ser docentes, tiene una analogía muy ceñida y no es algo tan fácil de conseguir si no hay una conversión interior y una fundamental predisposición a este mundo de la afectividad.

Por eso, tenemos que revisar y ver en qué va a consistir la disciplina, cómo vamos a lograr una formación educativa real, cómo vamos a llegar a una clave concreta de socialización de estos niños, o sea, de vivir el ambiente social; cómo estamos realmente insertos en este mundo de comunidad. Hablando con Monseñor Marcelo Palentini, quien fuera nuestro santo obispo de Jujuy, acerca justamente de uno de los temas para una asamblea que planificaba, me planteaba este tema: ¿qué pasa con la palabra de Dios y qué pasa con la comunidad y la vida social de los hombres?

Gracias a Dios se está gestando en la actualidad, una realidad distinta, incluso una teología social, para poder darnos cuenta de que tenemos que trabajar en comunidad y cómo debemos hacerlo. Esto nos conducirá necesariamente a algunas conclusiones.

La Autoridad y los Límites

Es el momento de preguntarnos: ¿Cuáles son los interrogantes que nosotros tenemos a la hora de educar a nuestros niños?

Primero: ¿en qué consiste el tema de la autoridad? ¿Por qué escuchamos a veces quejarse de que se han perdido los límites, de que nadie pone límites ni ejerce esa autoridad? Por eso, pensamos en la autoridad y en los límites.

El primer análisis que se nos propone a la mente es analizar sobre estos dos temas qué pensamos cada uno de nosotros y qué decimos cada uno de nosotros. Veremos que, como dice el dicho popular, apenas “abrimos la boca y se nos nota el barrio”.

¿Usted qué entiende por límite, por autoridad? Más aún, ¿qué le ha dado resultado en el ejercicio de la autoridad y al momento de fijar los límites? ¿Qué cosas no le dieron frutos? ¿O sigue reiterando equivocaciones? ¿Se encuentra preparado o preparada para efectuar cambios y ver las diversas respuestas de estos niños y jóvenes frente a los límites? Y además, ¿qué consenso hay entre el papá, la mamá y el docente y en qué consiste? Porque a veces escuchamos que los padres sí se interesan, pero otras veces no

tienen la actitud de plantear al docente el trabajar coordinadamente. Por eso, generalmente escuchamos a los docentes que dicen: “Uy, ahí vienen los viejos...”. “Ufa, ahí viene el papá”. “Seguro que viene a protestar”.

Antes venían los padres de hijos ya universitarios y nos daban las gracias; lo mismo nos pasaba en la escuela nos agradecían por todo lo que habíamos hecho, lo que le habíamos otorgado a sus hijos. Últimamente, aparecen algunos padres enojados que nos retan y nos dicen: “¿Qué ha hecho usted con mi hijo?”, “¿Qué le está haciendo?”

En la antigüedad, no tan antigua, volvíamos a casa y si la maestra nos reprimía por algo que habíamos hecho, nuestros padres lo respetaban absolutamente. Lo mismo sucedía con los valores; “lo dijo la señorita”, decíamos y eso era verdad para nosotros. Hoy, evidentemente, se pone en tela de juicio esas realidades. Se han perdido los referentes racionales.

Sabemos bien que, por derecho natural, los padres tienen la obligación de educar a los hijos; por eso, la definición que Santo Tomás ofrece acerca de la educación es: “conducir a la prole al estado perfecto de virtud que hace conseguir el supremo bien, que en definitiva es Dios” (STh, Suppl. III, Q.41, a. 1).

¿Por qué dice prole? Porque evidentemente para Santo Tomás la tarea de educar es una continuación y un derecho por el hecho de haber engendrado a nuestros hijos. De ahí nos viene el derecho al que no podemos renunciar como padres, porque lo hemos llamado a la vida y ahora lo tenemos que llevar a la felicidad.

Nosotros, los docentes, tomamos ese reto y ayudamos, convenimos con los padres en poder realizar la tarea que a veces ellos, por sus propias obligaciones, no pueden hacer. Por eso, estos padres evidentemente tienen que ver de qué manera depositan su confianza en nosotros y nosotros, cómo coordinamos con ellos nuestra tarea.

Características del amor a los hijos

Analicemos sus características. La primera y la más importante es el tema del amor de los padres a los hijos; y también de los docentes hacia los alumnos.

Hay algo realmente afectivo e interno; debemos desearles el mayor bien espiritual y corporal a nuestros alumnos. Por eso, a veces, cuando los padres no controlan su impetuosidad y su conducta, los reprimen, los maldicen, se enojan, los castigan desordenadamente, están quitándole esa posibilidad de desarrollo personal y afectivo del niño. El niño se cierra y siente dolor.

¿De qué manera reprender? Puede que sí sea necesario reprender y con severidad, pero de una manera moderada; por eso, debemos recordar que el castigo tiene que ser oportuno, justo, prudente; porque una palabra dura no siempre da su resultado. Tiene que ser un castigo con cariño en toda la realidad que procedemos.

Tomemos esta realidad los que están estudiando y los que ya somos docentes: el tema y el modo del castigo. Es necesario advertir muy bien y fijarnos el modo en cómo nosotros nos comunicamos con nuestros alumnos, con nuestros colegas y con el personal que nos conduce. Tiene que ser *oportuno*, no ir con insolencias; además, se deben plantear realidades concretas y justas; con cierta prudencia desde nuestro punto de vista y con respeto del punto de vista del otro. Pero de una forma cariñosa porque todos estamos necesitados de cariño. Esta es la tesis central de nuestra exposición.

Todos necesitamos afectividad; es decir, que se nos atienda en la totalidad de las cosas, sino las palabras serán abstractas.

Esta afectividad es la plenitud de todo mi mundo, de todas mis sensaciones, de toda mi infancia, de todas mis percepciones, de los primeros amores que tuve. Todo eso está acumulado en mi corazón y necesita mucha atención. Sin esto la educación va a ser un barniz, pasado por afuera. ¿Qué quiere decir esto? Que aparte de sentir y querer a los hijos y a los alumnos, debemos demostrárselos.

Hay docentes, colegas, alumnos que necesitan externamente saber que son queridos, que los apreciamos y que lo que hacemos es porque tenemos un gran respeto a sus vidas personales, en su caminar hacia Dios; por eso, lo que menos se nos puede ocurrir es entorpecerles el rumbo para conseguir lo que dice Santo Tomás: “conducirlos al bien supremo”, pues en ese caso seríamos no ya facilitadores para llegar a Dios, sino obstáculos.

La afectividad: su importancia en el ámbito familiar

Se hace necesario apresurarnos a afirmar y detectar entonces que la afectividad tenga una importancia notable en este mundo familiar.

¿En qué consiste este tema de la afectividad? Porque a veces se la menciona y no sabemos cómo lograrla, dónde encontrarla. En principio, hay que puntualizar: la afectividad no se educa; brota, está, se demuestra, se la cultiva. Pero nadie va, por ejemplo, a enseñar a otro a amar.

Hay personas que hoy se dedican a ser maestras y les dicen muchas veces al mundo: “Ustedes no saben amar. Yo les voy a enseñar cómo se ama”. Ellos piensan que tienen en su mano maneras y formas de ser que los demás, en cierto desprecio o ignorancia, no lo tienen. No, esa es una realidad interior que nace de las múltiples vivencias.

Recordemos cuando éramos niños, cuando nos hicieron el primer regalo significativo; nunca me olvido. Tenía cinco años y un tío me regaló una bicicleta. Eso me quedó grabado; entonces, lo primero que hice cuando llegaron mis nietas, a los cinco años, fue regalarles una bicicleta. ¿De dónde saqué eso yo? También me gustaba tanto la música que mi madre me regaló una guitarra. Hoy, una de mis nietas, de diez años, ya tiene una guitarra. ¿Qué es eso? ¿Qué misterio hay en nosotros? Estamos atentos al crecimiento de esa realidad, a esas múltiples vivencias, las sensaciones, todo lo que hemos percibido en la vida. Acordémonos las muchas veces que nos íbamos a dormir de noche y a veces sufríamos y llorábamos pensando que nuestra mamá fallecía, se nos iba y llorábamos solos, en la cama. ¿Tontos? No. Era que vivía en nuestro interior esa sanidad de vivir en la plenitud y, sobre todo, de compartir el cariño de una madre y de un padre rodeados por nuestros hermanos.

Docentes, tenemos que volver a captar esto. Por eso, tengamos en cuenta que detrás de esas sensaciones aparecen todos los deseos que hemos tenido en la vida y que vamos a tener y que vamos a alcanzar. Frustrados algunos; conseguidos, otros (aunque los frustrados dejémoslos para no ser agentes de esa frustración).

Piensen en lo que fuimos, en lo que somos y todavía más: lo mejor nuestro, como decimos en clase, no ha llegado, está por llegar, por venir. Distintas sensaciones, deseos, pertenencias de nuestra vida que engrandecen nuestro corazón. ¿Cómo no hacer que esto se convierta en algo que contagie la alegría de vivir? Esto es lo que necesitamos. Por eso, recordemos que tenemos recuerdos, algunos vagos otros nítidos, pero además,

recuerdos de los que hemos sido autores y que debemos recrear en la vida. No olvidemos, no tengamos temor, ni tampoco se ponga triste nuestro corazón ante una serie de acontecimientos, porque aquello que vamos percibiendo y logrando en la vida, estas realidades de nuestra afectividad tienen un dejo de misterio, en el sentido de que algo todavía está velado, algo todavía no ha llegado o aún no ha sido develado.

Por eso, a veces, cuando estoy con un matrimonio y el marido se enoja con su señora, yo sé decirles: “Piensa que lo mejor de tu mujer aún no está, tenle paciencia, ya va a llegar”.

Acordémonos cuando teníamos cinco años y pensemos en la edad que tenemos ahora: ¿estamos igual? ¿mejor o peor? Entonces, tratemos de que nuestra tarea educativa no nos convierta en algo peor o igual, sino que nos ayude a ser mejores. Ese va a ser evidentemente el acto más grande que vamos a pedir y que indudablemente tiene una particularidad: es único de cada uno de nosotros, de cada alumno, de cada papá, de cada mamá. Esto es lo que tenemos que ir teniendo en claro y sosteniéndolo con el ejemplo.

Los ámbitos de la educación relacionados con: los padres y los hijos, los docentes y sus alumnos

Es el momento de apresurarnos a hacer un pequeño análisis de nuestra realidad. ¿Cuáles son los ámbitos? Muy sencillo. Conocemos habitualmente dos ámbitos fundamentales.

La educación formal escolar

Primero, el ámbito para formar al alumno es la educación formal. La que todos conocemos y vivimos a diario: las universidades, los institutos, las escuelas, los colegios. Allí transcurren una cantidad de acciones personales donde se dan técnicas, razonamientos y a veces demasiados silogismos. Y entonces todos estamos atados a un plan de estudio, contenidos curriculares, a informes, a aprobar o no, a seguir materias, a pasar de curso. Esa es la educación que nosotros primera y normalmente conocemos.

Si uno pregunta, por ejemplo, al estudiante de derecho en qué curso está, él normalmente dice: “En tercero, pero voy para cuarto”; otro dice: “En segundo pero ya tengo materias aprobadas de tercero”; pero ninguno no dice que tiene todavía materias aplazadas de primero. Es todo un sistema que a veces racionalizamos demasiado con con fundamentos silogizados.

La educación informal

La otra educación: la informal. Es la de nuestra casa, la convivencia familiar pero que, como sabemos, se ha deteriorado, en parte porque, como nos sabía decir el padre Fray Aníbal Fosbery, O.P. en alguna oportunidad, hemos perdido los referentes racionales. Hoy el papá no es el referente que significaba en algún momento de nuestra vida, ni el docente, ni la maestra o el profesor, por eso, necesitamos que sea rehabilitada esa realidad de referentes.

Entonces, debemos hacer notar que en la familia, por obligaciones, por ocupaciones, por exigencias, por el mundo de la técnica y por la demanda cada vez mayor de bienes

materiales, se ha debilitado lógicamente la dedicación exclusiva y concreta a nuestros hijos y, por ende, a nuestros alumnos.

Es el momento de preguntarnos: ¿esta educación formal conjuntamente con la educación informal cuenta con las exigencias para responder a una educación; es más, son elaboraciones que convencen al sujeto, al alumno, al niño y al docente de estar trabajando dentro de una realidad fructífera?

¿No es que a veces estamos objetivizados por normas, y siguiendo solamente el curriculum y no atendiendo a estos niños que, año tras año, logran transformaciones conforme a los distintos estímulos? Por eso, podemos percibir que son muchas las elaboraciones objetivas, teóricas y silogísticas. Esto ha dado por resultado el hecho de que los niños, la adolescencia y la juventud vayan por otra parte.

¿Existirán, hoy, otras vías para la educación de los hijos?

La educación no formal

¿Habrá de alguna manera, una educación, una formación alternativa, no formal?

Se hace necesario redescubrir y ver que esta realidad, que son nuestros destinatarios, son seres humanos, con una naturaleza humana y que además sienten. Esa naturaleza está internalizada, es sensible, “*sentiente*” dice Xavier Zuviri (citado en Sierra 2008: 17), un gran filósofo español.

El protagonista de esta educación no formal no es solamente un observador o un sujeto pasivo. Él quiere ser protagonista de su vida y tenemos que darles sus espacios. Lo que nos olvidamos es que cada uno quiere vivir su vida conforme a su realidad afectiva. Cada uno de ellos y de nosotros, como personas, somos únicos, indivisibles, individuos, incommunicables. Parece que nos olvidamos de esto cuando uniformamos conductas y tratamientos. Por eso, evidentemente cuando encuentran otros espacios que les favorecen el florecimiento de su existencia y de su interioridad, se van a esos lugares. ¿Por qué creen que les atraen tanto la televisión, un programa de radio, de rock o tal música? Porque algo de adentro se compagina con eso; es decir, se siente identificado con esa realidad.

Cuando alguien les dice por ejemplo, un viernes o sábado: “Vamos al boliche”: ¿hemos observado sus reacciones? ¿Ustedes han escuchado a alguno que un domingo dice: “¡Qué bueno que mañana voy al colegio!”? Más vale que esto hoy ya no es habitual. ¿Por qué convoca a unos y a otros no? Es que quienes están y somos un poco más mayores descubrimos la conclusión de esta realidad: no les interesa. Fijémonos bien, vayamos sumando.

Educación, formación, individual, afectos son dedicados a “protagonistas”. No son simplemente títeres en nuestras manos. Esa educación de la afectividad se estructura, se construye y se despliega.

La “Educación” de la “afectividad”

¿Somos nosotros como docentes, papás y mamás, facilitadores de un ambiente de relaciones, de una forma de ser, de transmitirles el percibir de la vida? ¿Qué ven en nosotros aquellas personas que viven conformes a ese percibir? Esto es lo que tenemos

que advertir. Somos aquellos agrios y amargos que nos levantamos todas las mañanas y generamos un ambiente, a veces, muy tirante en nuestras relaciones familiares y también en las relaciones formativas de nuestras comunidades educativas. Por eso, nosotros tenemos que entender que esos jóvenes traen sentimientos muy nobles, muy cálidos. Además, no olvidemos que contamos con la gracia de Dios y esto hace que la naturaleza tenga sus defensas; por eso, hemos de pensar que, a veces, como solía decir un político “conmigo y sin migo”, estos jóvenes van a salir adelante; pero está en nosotros proporcionarles todo lo que necesitan. ¿Para qué? Para evitar que no pasen mucho tiempo en esa mezcla de muchos errores y que algunos no alcancen la felicidad. Atentos, que somos docentes, educadores.

La alegría ha sido siempre algo muy importante en los niños. Ayer me pasó una cosa muy linda y muy sencilla. Estaba en San Francisco, salíamos de la capilla y pasaba una señora con un niño de la mano. Iba la mamá adelante y el chiquito le dijo: “Mamá, persígnate” y ella se persignó. Esta mañana venía por aquí, por el hotel y vi otro pequeño por la vereda y me dijo: “Hola”. Yo digo: uno así de pequeño le dio instrucciones a la mamá y este otro que no sabe quién soy me dice “hola”. ¿Cómo no atender esa realidad? Parece algo natural y de todos los días, por algo me llamó la atención. Y este quién lo conoce, diría uno. Con que lo conozca Dios y su madre... Asistí a dos hechos de una gran espontaneidad que llegaron a asombrarme.

Llegamos, entonces, a una pregunta: ¿somos capaces de asombrar a nuestros hijos, a nuestros alumnos, hoy? Los padres y educadores debemos entender que los sentimientos nobles y las emociones sanas han de suscitarse y no precisamente con solos “discursos”. Los niños, a veces, son apáticos y aburridos porque tienen de todo. A veces, observamos niños inactivos, deprimidos, pasivos, desmotivados. ¿De dónde creen que les viene esto? ¿Del vientre de su madre? No. Esos son virus adquiridos del entorno. ¿Qué fue lo que pasó o se hizo de la felicidad de esos niños?

¿Qué hemos de entender por las vivencias afectivas de los hijos?

Esas vivencias afectivas que están llenas de emociones, afectos, apetencias y pasiones merecen que las estudiemos y además, que las conozcamos bien y sepamos cómo se educan; sobre todo, el mundo de las pasiones que son el gran instrumento de nuestra afectividad y son apetitos.

Así nuestra vida es un permanente apetecer que queremos saciar. ¿Qué tiene que hacer el docente frente a esto? Ser instrumento para que el niño se sacie bien, ordenadamente y en una jerarquía de valores. Recordemos: “conducción de la prole al supremo bien que es Dios”, decía Santo Tomás.

Todo esto, entonces, hace falta para que tengamos mucha memoria de nuestra vida, para que la memoria del pasado modifique la memoria del futuro. Necesitamos mucha imaginación; pero más que imaginación, que nos lleve al asombro. ¿Qué es lo que los filósofos decían? ¿Qué lleva al filosofar? El asombro. Asombrarnos todavía de la existencia de cada día, de cada momento, de cada realidad es muy importante y viene al caso de los niños. Unos tienen grados afectivos más altos que otros pero va a depender mucho de la configuración de los hábitos de la niñez.

Por eso, debemos tener presente las cinco causas de la educación, que propone la filosofía de la educación. Uno de los temas más importantes es la conducción de la prole a la consecución y vivencia de los hábitos buenos. Llegar a adquirir hábitos

buenos. Los hábitos son disposiciones estables de las potencias del alma; pero hay condiciones: debo ordenarlos y llevarlos a su plenitud, sino¿ para qué cultivarlos?

Es necesaria una atmósfera de vitalidad y percepción, donde docentes y alumnos se respeten, tengan demostraciones de afecto, un buen clima. No creo que esto sea algo mecánico, sino logrado por haber percibido los valores de la vida. Por eso, tenemos que ver de qué manera estamos trabajando; no al estilo actual y rutinario, sino en temas nobles, profundos, que nos expanda el espíritu. Hemos advertido lo que sucede cuando uno se enoja con alguien y lo insulta o no le da lo que uno está esperando. Hay una tristeza en el alma. Uno queda diciendo: “Este va a aprender cuantos pares son tres botines”, pero al final del día vamos a dormir con un dejo de tristeza interior. En cambio, cuando hubo un saludo, un cariño, un afecto; algo que ennobleció al otro, uno siente adentro esa virtud que se llama magnanimidad. Se ensancha el alma. Por eso, cuando uno llega a casa y pregunta a los chicos por una profesora, uno responde: “Neurótica”; el otro: “Me copó”. ¿Por qué esta diferencia? ¿De dónde procede? De no haberlos atendido debidamente. Y en el caso de los niños, ¿por qué unos poseen tono afectivo alto y otros, demasiado bajos?

Causas predisponentes de la génesis de los estados afectivos altos y bajos que comprometen negativamente los procesos de maduración de los hijos: ¿de dónde nacen o se originan unos y otros sentimientos?

Podemos señalar algunas de las varias y diversas causas. A veces, los hogares están muy estructurados en una convivencia conyugal muy conflictiva; otras veces, hay un maltrato directo a los niños. Esto hoy se ve demasiado. Los coscorriones, los retos y la indiferencia de los niños a esos retos; piensan: “Total, si la vieja siempre me dice lo mismo, entonces ¿por qué le voy a llevar el apunte ahora?”. No hay permanencia de presencia y de conducta. ¿La perciben, la están viendo? A veces, los padres tienen un deseo desmedido de darles el gusto a sus hijos basados en esa famosa realidad que escuchamos siempre y que también nosotros decimos: “Que no le falte a mi hijo lo que me faltó a mí”. No. Es que son distintas realidades. Además, a veces ¿qué pasa? Educamos en la desconfianza, en el escepticismo y sobre todo, en la inseguridad. Decimos: “Ya vas a ver cuando seas más grande”, “Ya vas a ver lo que te espera” y lo decimos hasta en la universidad: “Ahora vas a pasar de estudiante rentado a profesional desocupado”. ¡Qué buen consejo! Y ellos perciben esa crítica ácida, negativa.

A veces, la exigencia nacida de ciertos hábitos imprudentes y desmedidos, por lograr sacar frutos de nuestros alumnos, hace que generemos ambientes familiares que sólo buscan el éxito. Acordémonos de que esto influye en la afectividad del niño. A veces, la televisión los y nos invade: “Entre el difícil diálogo entre mi mamá y mi papa, prefiero sentarme ante la TV y que nadie me agreda”. Y ellos pueden elegir el programa.

Por eso, observemos bien: aparecen padres abrumados, docentes cansados, tironeados por la vida, desilusionados. Y las adicciones tampoco están ausentes. Nos “apegamos” a una cantidad de cosas y no tenemos la generosidad del alma y de su trato espiritual; entonces: ¿qué pasa en nuestra docencia? Por cuidar nuestras realidades nos olvidamos de la generosidad para con nuestros alumnos.

El alcoholismo es otro tema; todos sabemos lo que significa. Lo mismo sucede con la sexualidad y sus desórdenes. Conocemos muy bien todos aquellos elementos que son, en definitiva, enemigos de la familia. También las desavenencias familiares tienen una incidencia muy grande. Hay que atenderlas y tenemos que tener muchísimo cuidado.

Son casos en los que la Iglesia pide una atención muy especial, sin ningún tipo de discriminación, inclusive en el mundo de la sexualidad.

La acción transformadora inteligente para una propuesta pedagógica posible

¿Qué tenemos y podremos hacer? Una acción transformadora. Esto es importante también. No somos una justa deportiva donde unos combaten con otros. Por eso, debemos acordarnos que, la mayoría de nosotros, que somos del siglo pasado, como decía un padre jesuita, venimos de la civilización de la brújula que nos decía: “Por aquí, éste es el norte”. Recuerdo a mi madre que decía a mis hermanas: “Niñas, una niña debe vivir como es debido”. Hoy ¿qué es lo debido? Hoy los jóvenes y los niños vienen de la civilización del radar no de un determinante norte, sino que viven improvisando, las cosas nos convocan, nos atraen, los chicos andan en la calle a la deriva, andan en el colegio y andan, andan y andan; así se mueven... porque la vida no es un vector rectilíneo para ellos. A veces, por satisfacer esas necesidades, cumplimos y se ha generado así la civilización del cumplimiento, por eso, “miento” para “cumplir”. Entonces, voy estafando las realidades y la peor estafa nos la hacemos a nosotros mismos. Ésta es la situación de la cual debemos tomar conciencia y obligarnos a ser muy sinceros. A esto es lo que tenemos que llamar “auténtico”; por eso, hay que salir de los silogismos y revalorizar el mundo de la afectividad.

Es necesario llegar al asombro, porque los niños y jóvenes viven aburridos, confundidos, inseguros y a veces con una crisis de identidad. Yo he hecho la prueba muchas veces. Si quieren pregunten a alguien que tenga mucha prudencia: “¿Qué te emociona?” Se van a encontrar con múltiples respuestas. Yo encuentro padres de hijos ya mayores que me dicen: “Profe, no me ilusiona nada”. Eso es muy duro. ¿Han pasado veinticinco años de tu vida y nada te ilusiona? ¿O será que están desilusionados y ahogados con las falta de horizontes y esperanzas porque les ha agobiado la afectividad crasa? ¿Han dejado de amar a su esposa, los chicos los molestan, la casa no es el lugar de paz? Esto tenemos que enseñar a nuestros hijos, tiene que brotar como un volcán de plenitud de nuestra propia vida.

Por eso, debemos acordarnos que si somos docentes y no somos capaces de asombrar, echamos sombra a la vida. Tenemos que darle sorpresas a la vida. Dejemos que Dios nos sorprenda. Ésta es una realidad muy concreta incluso en teología. Tenemos que vivir esta plenitud; que el esposo llegue a la casa y la esposa lo sorprenda porque si no lo hace, nace la rutina y como cassette lo descarta o lo cambia; que cada día de nuestras clases, de nuestra docencia, de nuestra vida sea para ellos una sorpresa. Por lo menos, dejémoslos un poco sorprendidos en cuanto al contenido de su vida y de su afectividad.

Más de una vez, los padres tenemos que hacernos estas preguntas: ¿tenemos signos afectivos positivos como docentes también? ¿Sabemos enseñarles a nuestros hijos los grandes ejemplos de santos y héroes? ¿O nos domina el escepticismo de que esta realidad humana ya está perdida? ¿Les enseñamos a nuestros hijos los valores de las cosas buenas y los disvalores de las cosas negativas?

Debemos hacer posible que el niño que está dolorido tenga un bálsamo que lo saque de la soledad y lo vuelva tolerante y generoso, que aprenda a disfrutar de lo simple, que se respete, hoy más que nunca, y que viva su sexualidad, indicándoles cuáles son los caminos de lo femenino y lo masculino, que no estén muy ociosos. Tampoco es para abrumarlos con tareas. Sirve, además, ver de qué manera la televisión sirve de guía; que

se convierta en una aliada y no en algo que está en contra de nuestra propuesta personal y realista.

Ser padres en los umbrales del mundo actual

Decía líneas atrás que la maternidad y la paternidad no son un rol. Según Álvaro Sierra, en su obra *La Afectividad, eslabón perdido de la educación* (2008):

El rol es un papel o una función que una persona desempeña. Hace relación a un quehacer determinado y, por tanto, es una circunstancia en la vida del sujeto que puede cambiar o desaparecer sin alterar en forma significativa o definitiva la condición de quien la desempeña deja de desempeñarla... Por el contrario, ser padres no es una tarea temporal ni lleva implícito un determinado trabajo; más que una forma de actuar, es una forma de ser (47).

Yo también comparo estos conceptos con la docencia y ¿por qué? Porque aún hoy, con los años que tengo, me sigo acordando de mis docentes, de mi mamá y de mi papá que no están pero siguen presentes, porque la paternidad es un vínculo de generaciones y aunque ellos no estén, sigo yo siendo hijo de mi madre y de mi padre. Además, alumno de mi maestro Padilla de primero inferior, alumno de mi maestra de historia, la señorita Sonia. Sigo siendo alumno porque imprimieron en mí esa realidad.

Nuestro ejercicio profesional es permanente. No es algo que podemos dejar de hacer. Seguimos haciendo realidad estas verdades. Un día, mi madre me llevó a la casa de una señor muy rubia, una alemana, y me dijo: “Esta señora te trajo al mundo”. Yo quedé muy desubicado, porque pensaba que la que me trajo al mundo era mi mamá; pero esta señora fue la partera y tenía una casa antigua, grande que en el hall tenía una cigüeña embalsamada. Yo no entendía nada: cigüeña, partera, me trajo al mundo; y luego empecé a compaginar. Tomé mucho cariño a esa mujer. Después me explicaron que fue la primera que me recibió, la primera que me abrazó, la primera que me bañó. ¿Cómo no acordarme yo de “la Berta”? Así la llamábamos.

Entonces, es importante recordar; tenemos una tarea grande en este sentido; porque nosotros continuamos la tarea de haberlos engendrado, como aquella poesía que decíamos en la escuela: “Señorita maestra, segunda mamá”.

¿Qué exigencias tenemos que considerar? Primero, asumir que somos los referentes primarios. ¿Qué quiere decir esto? Que todo lo que ven en nosotros es para ellos “sello que marca”; la cuestión es que esa dinámica sea natural y espontánea. Proveerles a los hijos y a los espacios escolares todo lo afectivo positivo, vivir los tiempos del colegio, los tiempos de recreo, los tiempos de lo que significa la vida en familia.

Cuando hablo con los docentes siempre les presento el ejemplo del docente de educación física y los comparo. Estos se ponen “anchos”, porque uno de los tiempos que uno más recuerda es el que compartía con el profesor de educación física o con la profesora de música o la de dibujo. ¿Por qué esa diferencia? Ahora uno lo entiende, porque esos docentes tenían un hábito natural convocante. Esto tenemos que trasladarlo a todas las asignaturas para que sean algo que realmente convoca y atrae.

El trabajo profesional va a ser no aquello que se suele escuchar: “Serás abogado o no serás nada”, con toda resignación. Tenemos que ver de qué manera les damos felicidad, seguridad, amor. Hacerles notar que el ser abogado es un paradigma de la justicia y su vigencia. Sustentar que la fe, la vida de Dios, la vida de la Iglesia no son cuestiones ni

cosas feminoides, como decimos siempre, aunque a veces así lo hayamos demostrado nosotros mismos; recuerdo, por ejemplo, que mi mamá era la que iba a misa, pero mi papá, nunca y decía: “Para que voy a ir yo, si tu mamá ya va mucho”.

Tenemos que darnos cuenta de que la vida religiosa construye y religa la vida en el amor y en la plenitud personal. Tenemos que mostrar esa verdad; por eso, acuérdense de darles buenos testimonios. Hacer lo que decimos, decir lo que pensamos. No inducirlos a decir cuando alguien no nos gusta: “Decidle que no estoy”. Eso es mal formar conciencias, no es bueno. Es necesario darles una plenitud real.

¿Cómo hacer con estos momentos que tenemos en la vida ya concreta? Necesitamos como docentes y como padres capacidad de cumplir tres exigencias: primero, saber cuáles son mis desafíos; es decir, esa manera constante de descubrir y comprender mis competencias. ¿A qué me dedico, en qué soy competente? Y esto me desafía. Entonces de esa manera veo que esa competencia es para que yo viva bien, feliz y haga feliz a los demás.

Segundo, ese desafío se hace con un estilo. Las cosas, nos decía siempre nuestro P. Fósbery, lo que uno puede en la vida, cada realidad la hago a mi modo y, diría la canción que canta María Marta Serralima, “A mi manera”. Esto hace que yo, cada hombre y cada mujer, en virtud de su manera de pensar, de querer, de su razón, de su facultad de entender y amar, tenga un estilo propio, inimitable, incomparable pero muchas veces, transferible en el ejemplo.

Como tercer elemento: mi vida afectiva. ¿A dónde están mis tendencias del querer, del amar, el mundo de mi sensibilidad, de mi cariño? Debemos sentir afecto por nuestros alumnos porque esto va transformando nuestra existencia. Es lo que necesitamos como padres y como docentes.

Disciplina, Castigo y Aprendizaje

Llega el tiempo de la disciplina: ¿qué va a significar esto? Disciplinar es fijar límites; ver de qué manera estos desafíos y comportamientos tienen un límite.

Por eso, vamos a descubrir qué es lo natural y lo no natural. Los límites van a ir demarcando qué es lo natural, lo cual lleva en sí mismo tres límites. El primero es mi naturaleza humana. Lo que pase de mi naturaleza o se desborde mal no es bueno. El segundo límite es Dios, quien ha fijado mi naturaleza y me ha dado la oportunidad de ser feliz y que me espera. El tercer límite es mi vida afectiva y espiritual.

Les doy un ejemplo. Cuando se desordena la vida afectiva o espiritual o exagero mi vida religiosa, me cuelgo en el cuello tres cruces, me compro tres San Expedito, le rezo a la Virgen aunque nunca voy a la Eucaristía, pronto se desata una actitud supersticiosa muy grande. La vida espiritual tiene sus límites; hay que conservar un sumo ordenamiento: primero Dios Uno y Trino y luego, a Él por María.

Hay que ver de qué manera, se educa a los hijos y a los alumnos no tanto por el castigo, tampoco por la recompensa. Hay que vivirlo de modo moderado, proporcionado para fijar los límites. Los niños tienen que ver esto desde pequeños. Por eso, la disciplina, el esfuerzo positivo, no tanto lo negativo, a veces son efectos colaterales que generan en el sujeto rebelión, desmedran la personalidad y rompen el vínculo con nosotros. Ya no nos escuchan, no nos quieren, no nos atienden. Entonces ¿a quién escucharán? Porque tienen que escuchar. Seguramente a alguien que los convoca y los aprecia.

Es necesario recordar “disciplina, castigo y aprendizaje”, pero ¡cuidado! No debe existir una fuerte emoción en lo que se está haciendo; de manera que el alumno, el chico, la persona, el docente esté succionado por esto. A veces son pasiones desordenadas que no nos conducen a nada bueno. Hay que ver de qué manera estas cosas las informo bien y las transformo. No debemos desmotivarlos; debemos plantear un curso de acciones alternativas. La tristeza nos claudica, nos cierra el camino. Si no es por aquí, ¿por dónde puedo? En esto tenemos que entrenar a nuestros hijos y alumno, enseñarles que a veces hay diques que tenemos que sortear y otras tenemos que ubicar otras realidades distintas a nuestras apetencias e intereses.

Ahora bien, ¿dónde están los límites? ¿Cuál es la tolerancia? ¿Cuáles son los reales límites que debemos imponer y no aquellos por nuestras comodidades? Pensemos que cuando más libre es este sujeto, mejor es para su crecimiento afectivo. ¿Todos los límites que a veces generamos son necesarios?

Esto lo trabajábamos en la UNSTA con el entonces Rector P. Fósbery y a veces con el Vicerrector, el Dr. Partridge. Tenemos en la institución tantas reglamentaciones, tantos límites. Sabía decir el Dr. Partridge: “Fijemos piso, mas no techo. Démosle a la vida esta plenitud. Tantas normas. Ya hay diez mandamientos. Ya hay cinco preceptos”. ¿Queremos seguir añadiendo, como en el Antiguo Testamento, más cargas?

Tenemos que ver que a medida de que se desarrolla la libertad, crece la espontaneidad y crece la sana afectividad por la existencia. De lo contrario, vamos a escuchar lo que muchas veces escuchamos: “¿Qué tal cómo andas?” “Y... viviendo” “¿Y vos?” “Tirando”. Si hemos venido a la vida para vivir así, para “tirar” o “querés que te cuente” seguramente la tristeza nos va a invadir en cualquier momento y no serviremos para educar.

En resumen, necesitamos que este niño esté bien disciplinado pero el bien disciplinado es conforme a su propia realidad personal, individual y afectiva. Tenemos que ver de qué manera quitamos esos límites y cómo vamos a ir avanzando en el tiempo, sacando límites que pusimos en una oportunidad. Por eso, van a ver que a veces no nos es lícito invadir los hogares de nuestros hijos cuando ya han logrado su independencia. Ampliemos su realidad. A veces, escuchamos a nuestros hijos que dicen: “Mi mamá es dura, recia, agria, firme. Mi papá es más santo, más magnánimo” o al revés. “Yo con mi papá hablo, con mi mamá es imposible” o al revés. Acuérdense que aquí cuando se dice de uno se dice del otro.

A modo de conclusión

Algo más: “socialización de los niños”. Darse cuenta de que lo que hemos dicho necesita especial atención pero siempre vigente y está dentro de un contexto comunitario. Esto es la “comunidad de los santos” que rezamos en el Credo. Todos somos una gran familia delante de Dios. Pero necesitamos como fundamento de sociabilidad el amor y, sobre todo, el apoyo emocional. ¿Cuántas veces nos paramos, nos frenamos? Hoy hay, a veces, una actitud de espera. Esperamos que el otro venga. Creo que hay que modificar eso. Hay que salir al encuentro. ¿Qué tal estás? ¿Cómo estás? No por curiosidad y después para sacarle en cara y luego “chimentar”. No. Tiene que ser porque me interesa que el otro sea feliz, viva feliz. Hace falta que ese niño diga: “Hoy la señorita me preguntó cuál fue mi último juguete”. Capaz que ni él se acuerda. Yo a veces me acuerdo que en mi infancia nunca tuve un juguete a pilas, pero me acuerdo de mi primer juguete a cuerda que al poco tiempo voló la cuerda y me invadió

un pesar y un dolor. Mucha gente sabe esto, pero tuvimos otras realidades. Tenía álamos en mi casa con los que hacía espadas y jugaba a ser Robin Hood. Tenía conejos, tenía palomas. Cada uno de nosotros tuvo algunas realidades que nos satisficieron emocionalmente.

Nosotros tenemos que ser agentes, pero recuerden, motivadores. No esperemos que el otro sufra; salgamos al encuentro para evitarles esos sufrimientos. Por eso, acuérdense: disciplina, pero razonable; dándoles refuerzos positivos. No tanto castigo, no amenazas. La amenaza es tremenda porque genera en el alma una semilla de odio y rencor con el entorno y con los demás; sobre todo, hay que crear un ambiente tolerante. No decimos permisivo, sino saber que del otro –lo repito– lo mejor no ha llegado. Y no se les ocurra decirle a los de segundo grado: “Ahí va primero, no sabes lo que te espera” o “Cásate y verás”. Si hay algo que me hizo feliz es haber contraído matrimonio, como así también, tengo algunas hermanas religiosas. La felicidad de ellas es muy grande, tanto en la vida contemplativa como en la vida que llevan en el mundo.

Casarse es hermoso, eduquen. ¿Por qué les digo esto? Porque si nuestra educación no va detrás de una cultura de la vida no sirve. Salgamos de la cultura de la muerte. Vayamos a la cultura de la vida y, entonces, la vida va a venir. Todos somos hijos de Dios, de nuestros padres y de nuestros docentes y de cada uno a su medida y ser. Entonces, ejerzamos esa paternidad para que tengamos mayor interés y compromiso en este tema.

BIBLIOGRAFIA

Nota: A las distintas fuentes consultadas, se suma el generoso aporte de la Bibliografía proporcionada por la Prof. Rodríguez, Patricia, en su módulo *Filosofía de la Educación*, editado por la Universidad FASTA, en el marco de los cursos de formación humanística a distancia.

- Bolzan, J. E. (1974) *¿Qué es la educación?* Buenos Aires: Guadalupe.
- Caturelli, A. (1985) *Reflexiones para una Filosofía cristiana de la educación*. Córdoba: Dirección gral. de publicaciones U. N. Córdoba.
- Casaubon (1981). *Nociones Generales de Lógica y Filosofía*. Buenos Aires: Estrada.
- Dwelshauvers, G. *La Educación de la Voluntad*. Buenos Aires: Club de Lectores.
- Equipo Episcopal de Catequesis (1985). *Educación y proyecto de vida*. Buenos Aires: Ediciones Oficina del libro.
- Fósbery Aníbal (1999). *La cultura católica*. Buenos Aires: Tierra Media.
- Fritz März (1981). *Dos ensayos de pedagogía existencial*. Barcelona: Herder.
- García Hoz, V. (1968) *Principios de Pedagogía sistemática*. Madrid: Rialp.
- Gilson, E. (1979) *El Amor a la Sabiduría*. Buenos Aires: OTIUM.
- Gilson E. (1943) *El Tomismo*. Buenos Aires: Descleé.
- González Alvarez, A. (1981) *Filosofía de la Educación*. Buenos Aires: Troquel.
- González de Cardenal, O. (1981) *Carta a un profesor amigo*. Madrid: Narcea.
- Hernández de Lamas, G. (1980) “Notas acerca del concepto de Educación” en *Moenia*, n° 5, 1980.
- Isaacs D. (2000) *La educación de las virtudes humanas y su evaluación*. Navarra:
- Isaacs D. (1998) *Teoría y práctica de la Dirección de centro educativo*. Navarra:
- Maritain, J. () *Arte y Escolástica*. Buenos Aires: Club de lectores.
- Martínez, E. () *La educación cristiana. Actualidad de la Pedagogía de Santo Tomás*. Barcelona: UVST.
- Martínez, E. () *La filosofía de la educación como saber filosófico*. Barcelona: UVST.
- Millán Puelles, A (1983) *La formación de la personalidad humana*. Madrid: Rialp.

- Nosengo, G. (1978) *Persona humana y educación*. Buenos Aires: Docencia.
- Paredes de Meaños, Z. (1997) *El Proyecto Institucional*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Rodríguez, Patricia (2003) *Filosofía de la Educación*. Mar del Plata: Aquinas Net-Universidad FASTA.
- Ruiz Sánchez, F. (1977) *Acerca de la educabilidad*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Ruiz Sánchez, F. (1978), *Fundamentos y fines de la educación*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- San Cristóbal, A. (1965) *Filosofía de la Educación*. Madrid: Rialp.
- Santo Tomás. *De magistro*.
- Santo Tomás. *Suma contra los Gentiles*.
- Santo Tomás. *Suma Teológica*.
- Sierra, Álvaro (2008). *La afectividad, eslabón perdido de la educación*. Pamplona: Eunsas.
- Vázquez, S. M. (2001) *La Filosofía de la Educación: estado de la cuestión y líneas esenciales*. Buenos Aires: CIAFIC.

MAGISTERIO ECLESIAL SOBRE EDUCACION

- Concilio Vaticano II (1965). *Declaración Gravissimum Educationis Momentum. sobre la educación cristiana*. Roma, 28 de octubre de 1965.
- Conferencia Episcopal Argentina (1985). “Educación y Proyecto de vida.
- Congregación para la Educación Católica (1977). “La escuela Católica”, 19 de marzo 1977.
- Congregación para la Educación Católica (1982). “El laico católico testigo de la fe en la escuela”, 15 octubre 1982.
- Congregación para la Educación Católica (1997). “La escuela católica en los umbrales del tercer milenio”, 28 de diciembre de 1997.
- Juan Pablo II (1979). *Constitución apostólica Sapientia Christiana sobre las Universidades y facultades eclesiásticas*, Roma, 29 abril de 1979.
- Juan Pablo II (1998). *Carta Encíclica Fides et ratio sobre las relaciones entre Fe y Razón*, Roma, 14 septiembre de 1998.

León XIII (1879). *Aeterni Patris. Epístola Encíclica sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomas de Aquino*. Roma, 4 de agosto de 1879.

Pablo VI (1974). *Carta Apostólica Lumen Eclessial*, 1974.

Pablo VI (1975). *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, Roma 8 de diciembre de 1975.

Pío XI (1929). *Encíclica Divini Illius Magistri sobre educación cristiana de la juventud*. Roma, 31 diciembre 1929.